

El evangelio del quinto domingo de Cuaresma, nos recuerda que Jesús es el Señor de la vida y de la muerte, y que cuida siempre de nosotros, aunque a veces nos sorprendan sucesos, como los actuales, que nos hacen sufrir: personas cercanas o nosotros mismos que podamos pasar una enfermedad o un trance aún más doloroso, como la muerte de un ser querido. Dice así el evangelista San Juan:

Había caído enfermo un cierto Lázaro, de Betania, la aldea de María y de Marta, su hermana. María era la que ungió al Señor con perfume y le enjugó los pies con su cabellera; el enfermo era su hermano Lázaro.

*Las hermanas le mandaron recado a Jesús diciendo: «**Señor, el que tú amas está enfermo**».*

Jesús, al oírlo, dijo: «Esta enfermedad no es para la muerte, sino que servirá para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella»

Ya recuerdas qué bien termina esta escena: con la resurrección de Lázaro.

«Señor, el que tú amas está enfermo».

Qué seguridad transmiten estas palabras, este recado de aquellas hermanas de Lázaro que habían experimentado el amor de Cristo, su cercanía. Además, la seguridad de que iban a ser escuchadas y atendidas.

Jesús nos ama a cada uno personalmente: ¿has hecho tú la experiencia? Porque para sentirse amada por Jesús hay que ser su amiga, como Lázaro, como Marta y María. Y para ser amiga, hay que tratarle, conversar con Él, mirarle, saber lo que le gusta, lo que le interesa, conocer sus reacciones ante las diferentes situaciones de la vida, compartir sus ilusiones, sus gustos, sus amores. Pedirle cosas cuando necesites favores o estés agobiada. Agradecerle sus atenciones...

Si lo piensas, todas estas cosas que acabo de mencionar son las que cualquier buena amiga hace con sus amigos: ¡pues con Jesús, primero!, ¿no te parece? Mira lo que sobre esto nos dice San Josemaría en un punto de Camino: *“Buscas la compañía de amigos que con su conversación y su afecto, con su trato, te hacen más llevadero el destierro de este mundo..., aunque los amigos a veces traicionan. –No me parece mal. Pero... ¿cómo no frecuentas cada día con mayor intensidad la compañía, la conversación con el Gran Amigo, que nunca traiciona?”*

No te parece que es una buenísima razón para cuidar un momento de oración, de trato a solas con Jesús cada día. Hacemos como Él mismo nos indica cuando nos anima a hacer oración (¡te acuerdas?): *“cuando ores, entra en tu cuarto, cierra la puerta y ora a tu Padre, que está en lo secreto”*. Jesús nos da dos ideas: primero buscar un lugar tranquilo (nuestro cuarto, nuestra habitación, o el sitio donde podemos concentrarnos mejor, sin nada que nos distraiga), y luego que hablemos de tú a tú, que haya conversación con Dios, con Jesús, de tal manera que le expresemos nuestras preocupaciones, nuestras alegrías, nuestros miedos, nuestros proyectos, nuestros fracasos... y también que le preguntemos, que entablemos un diálogo, no un monólogo. En el diálogo se habla, pero también se escucha y se pregunta. ¿Tú lo haces así con Jesús? Pregúntale, pídele, cuéntale lo que llevas en el corazón y ¡escúchale!

Ah, y procura conocerle, hablarle de Él también. Por eso es tan bueno leer el evangelio en la oración: así le conoces mejor y te planteas vivir como Él vivió:

aprendes de su amor a los demás, de su generosidad, de su valentía, de su amor a la verdad... y tantas cosas.

Bien, tenemos que acabar. Vamos a hacerlo, como siempre, junto a la Virgen. Ella también supo hacer oración y así la encontró el Ángel cuando le anunció que iba a ser la Madre de Dios. Le pedimos que nos ayude a vivir este propósito: no dejar ningún día de hacer nuestro ratito de oración.